

La calle para el miércoles 28 de septiembre de 2011  
Diario de un espectador  
Leñero y José Agustín  
Miguel ángel granados chapa

¡Qué ganas de haber estado allí! El miércoles pasado el Instituto nacional de Bellas Artes entregó la Medalla de oro a Vicente Leñero y José Agustín (Ramírez), dos escritores semejantes y diferentes, que se quieren mucho desde que hace cerca de medio siglo trabajaron en la revista *Claudia*, un intento a la postre fallido de hacer en México una publicación como las que se hacían ya en Europa —especialmente en Francia—dedicada a las mujeres que se abrían paso a la modernidad, que tuviera materiales literarios de primera calidad, junto con las tradicionales secciones que los editores asestaban a las lectoras.

En vez de la solemnidad que suele impregnar las ceremonias como la de hace ocho días, hemos podido leer y escuchar versiones sobre el acto jolgorioso que se escenificó en la sala Manuel M. Ponce. Todo el mundo estaba muy alegre. Eso ocurre en las premiaciones invariablemente, que son ocasión de contento. Pero el modo de ser, el carácter de los premiados convirtiera la reunión en un relajo, que en alguna medida reproducía el que cotidianamente vivían los dos escritores en aquella publicación.

Aunque no son cuates, y aunque las obligaciones y los modos de ser de cada quien los situaron en escenarios diferentes, la amistad jocunda que se practicaron desde que trabajaron juntos se reprodujo en la Sala Manuel M. Ponce. Leñero había descrito el ambiente profesional en que se encontraron en uno de sus “retratos de compinches”, dedicado al escritor guerrerense que al comenzar los sesenta había innovado las letras mexicanas con un estilo auténtico y provocador, en que un adolescente emplea su propio lenguaje para contar sus vivencias y cavilar sobre sí mismo (aunque se hubiera botado de la risa si se le dice que está cavilando). Las novelas de José Agustín, que para componer su nombre literario simplemente había omitido el Ramírez que consta en su acta de nacimiento.

Escribió primero *La tumba*, y luego *De perfil*, que encontraron inmediatamente un público ganoso de conocer la nueva novela francesa, que entre otros Leñero procuró aclimatar aquí, pero también abierto a novedades como las que produjo este desenfadado autor, a quien Leñero vio así cuando se convirtieron en redactores de la misma publicación:

“Era un muchacho latoso, desinhibido, incontrolable. Nunca llegaba a las diez de la mañana en punto, nunca se quedaba quieto en su escritorio. Se pasaba las semanas escribiendo un horóscopo mensual que él mismo inventaba —sin consulta previa con los astros—y que llenaba de mensajes secretos, alburescos, escribiendo horóscopos y haciendo travesuras a las secretarías o a los mismísimos jefes, que eran la solemnidad personificada,

como dicen. Vaciaba cajones y desperdigaba lápices por donde quiera, Llenaba de sal las azucareras. Y un día, al director comercial de la empresa, un hombre de lentes como corcholatas, le atravesó una maldad que nos dobló de risa, y de pánico. Sucede que José Agustín se escurrió furtivamente en el despacho del señor Sudupe —que así se apellidaba el interfecto— y a su saco de casimir finísimo le cortó con navaja el nudito rematador de todos sus botones; de manera que cuando el señor Sudupe se puso el saco para correr a una junta importantísima con Canales Lozano, todos los botones, al tratar de ser ensartados en los ojales, se desprendieron del casimir y cayeron como piedrecitas del campo”